

ba con admiración la fragosidad y peligros de este ordinario camino del buen P. Julio, y no ménos admiraba que con tan apacible y sufrido semblante se acomodase á temples tan encontrados y varios, como eran los que habitaban estas naciones, en medio de las cuales andaba. Porque el puesto de chinipas, era muy caliente, el de guazaparis tan frío, que sucedía por mayo y junio, por el grande frío que hacía, no poderse decir Misa hasta muy entrado el día, y las nieves á veces eran tantas, que desgajaban los árboles con el peso. A que se añadía, que en tales destemples no dejaba de padecer este siervo de Dios agudos y peligrosos achaques y dolores, los cuales sufría por el bien de los prójimos, librando en su Dios la medicina y alivio de sus fatigas y trabajos.

A estos, y por ayuda de las almas, se llegó el que tuvo y venció su apostólico celo en aprender lenguas bárbaras, en que de su parte puso singular cuidado, y también experimentó el favor divino; porque aprendió cuatro totalmente diversas. Y aún cuando le cogió la dichosa muerte se empleaba en aprender otra quinta lengua; trabajo tan grande y prolijo, que para sólo este ejercicio de tantas lenguas parece que era menester la vida de un hombre. Llegó este varón apostólico á hablar en siete diversas, tres de Europa, que fueron la materna italiana, la latina y castellana, y sobre esas las cuatro bárbaras que dijimos.

Finalmente, tuvo este religiosísimo Padre y fervorósimo ministro evangélico, la caridad y amor de Dios. Y cuánto hubiese crecido, aumentado y encendido á esta alma santa el divino fuego, lo declara el ejercicio de virtudes heróicas y obras santas que en tantos años y con tan grande constancia ejercitó, pues esas son la materia con que se ceba y crece ese divino incendio.

Tirábale ya tanto esta caridad y amor de su Dios y desear verse con su amado, que afirma el P. Juan Castini, que fué el que más le trató y más vecino misionero de su partido, que cuando le comunicaba estos últimos años, le hallaba tan encendido en deseos de morir, irse al cielo y á su Dios, que no le podía divertir de tales afectos, aunque lo procuraba, por parecerle fuera de mucho servicio de nuestro Señor, que viviera muchos años un tal varón, que con tal virtud y santidad se empleaba en la ayuda de las almas. Y añadía, que nunca sintió otra repugnancia en este humilde Padre, sino en el vivir en este mundo. Y una de las razones principales que tuvo para procurar cuanto era de su parte, que se le encomendasen las fieras naciones que doctrinó y no otras más mansas y reducidas en la provincia, era el esperar tener entre ellas ocasión de su martirio, el cual sucedió de esta manera.

Era vecina á las naciones que habemos dicho, otra que tenía amistad y comunicación con los tepeguanes apóstatas, que poco ántes habían quitado

la vida cruelmente á ocho Padres de la Compañía. Esta nación, que era gentil, maleada por los tepeguanes, como vecina á la Guazapari, se introdujo é hizo amistad con ella, para que en la muerte del P. Julio Pascual y su compañero concurrieran juntas, como en la de Cristo, canalla de gentiles y judíos.

Los unos, pues, y los otros, animaron y exhortaron á los guazaparis bautizados, que diesen la muerte á aquel Padre que tenían consigo y los traía obligados á acudir á la iglesia, rezar en ella, oír Misa y sermón, con que los traía cansados. Con estas pláticas y otras semejantes razones, añadían para animarlos al sacrílego intento, que así como los tepeguanes se salieron con el suyo, y acabaron con los Padres que en su compañía tenían y con otros muchos españoles, á quienes habían quitado la vida, lo mismo podían esperar les sucedería á ellos. Alegaban más, que el fuerte de Montesclaros, capitán y soldados, estaban muy distantes, y ellos vivían entre picachos, donde fácilmente se defenderían, aún cuando viniesen sobre ellos los españoles.

No fué menester mucho para encender el demonio el fuego que parecía estaba apagado; porque sus ánimos, de atrás dañados, acabaron de prorrumpir; y, para juntar más cómplices de su traición y compañeros de su defensa, en caso que los españoles fuesen á castigar su delito, convocaron otras rancherías de naciones vecinas de gentiles, para que juntos concurriesen á la ejecución de su dañado intento y se hallasen obligados á la defensa.

Enviáronles manojos de cañuelas de tabaco, convidándose con los brindis usados para sus bárbaros acometimientos. Recibieron las rancherías los recaudos de traición y el convite con agrado, y no fueron menester muchos ruegos para hacer amistad, como Herodes y Pilatos, los que incitados del demonio contra Cristo y sus ministros, destinaron el día de su sacrílega empresa, y por puesto más á propósito para juntarse y ejecutarla, el pueblo de los varohios, que sería de setecientos vecinos.

Como la facción era de traidores apóstatas de su Dios y de su Ley, enviaron á llamar al Padre que la predicaba, con ocasión de que diese el Sacramento de la Extremaunción á un enfermo que estaba muy al cabo. El Padre Julio, que en razón de acudir á sus ovejas siempre veló, sin perdonar á trabajo ni peligro; fué desde el pueblo de Chinipa al de Varohios, dió el santo óleo al enfermo, y sin detenerse se volvió muy de prisa á su pueblo de hijos fieles y muy buenos cristianos chinipas, donde esperaba había de llegar el que se le había señalado por compañero, P. Manuel Martínez.

Llegó el nuevo Misionero, que fué recibido con grande alegría del pueblo Chinipa y mayor del P. Julio Pascual, que había pasado aquellos cuatro años en aquella soledad, amansando fieras de aquellas bárbaras naciones: y habiendo descansado tres ó cuatro días en este pueblo los dos religiosos Sacer-

dotes, que juntaba Dios para que ofreciesen sus vidas por su amor, habiendo dicho Misa, domingo veinte y cinco de enero del año mil y seiscientos y treinta y dos, partieron al pueblo de Varohios.

Recibiéronlos éstos tambien con muestras de mucha alegría, aunque fingida y falsa, con arcos y ramos, disimulando siempre la ponzoña de sus corazones, que con el mismo semblante encubrieron los cuatro días siguientes.

El juéves, un indio muy fiel y Maestro de capilla, que el P. Julio habia criado en mucha cristiandad, le vino á dar aviso que habia entendido que los guazaparis estaban muy alborotados é inquietos, y con resolucion de venir acompañados con los varohios á dar la muerte á los Padres que ya tenian juntos; y añadió, que de tal suerte habian declarado su dañada resolucion los guazaparis apóstatas, que á un temachtiano, Maestro de doctrina, de nacion Chinipa, aunque casado con india guazapari, lo habian muerto con otro hermano suyo.

El santo P. Julio no acababa de dar entero crédito á lo que el Maestro de capilla le decia, ni se persuadia que hubiese llegado el rompimiento de los guazaparis á aquel estado: y, por otra parte, no queria dar susto ni cuidado al nuevo compañero que entraba en la Mision, no obstante que entrambos á dos habian tenido hartos prenuncios y avisos del cielo, que se les llegaba la hora de rematar el curso de su vida. Disimuló el P. Julio por entónces, hasta ver más claridad del alboroto.

Llegaron el día siguiente otros dos indios cristianos fieles varohios, de los que en medio de tantos malos tenia Dios de su mano, y, con lágrimas en los ojos, le dijeron al Padre, que aquella noche estaban determinados los inquietos de matarle.

Viendo ya el P. Julio que se iba confirmando el rumor del alboroto, le pareció era conveniente reparar el peligro que amenazaba á su vida y la del compañero, y á la iglesia y cristiandad; despachó recaudo y aviso á sus fieles chinipas, para que viniesen en defensa de la cristiandad, por ver si por este medio podia atajar todos estos daños y el rompimiento de los guazaparis y varohios inquietos.

El mensajero llegó al pueblo de los chinipas á tiempo que estaban pocos en él; pero esos que habia tomaron sus armas, con ánimo de defender á los Padres, iglesia y cristianos. Mas llegando á la mitad del camino tuvieron noticia de que era grande la multitud de los contrarios que se habian juntado, y que los fieles que iban no serian poderosos para resistirles, con que se hallaron obligados á volverse á su pueblo y retirarse del peligro; y se tuvo por cierto que, segun era la fuerza y número de los enemigos, si los chinipas que iban entraran en el pueblo rebelado, todos perecieran.

Llegada la mañana del sábado, estando recogidos los Padres en su casita, cercándola los rebeldes, le pusieron fuego y juntamente á la iglesia, con quien es la saña y furia del demonio y sus secuaces, que descubren el ánimo é intencion, que les incita á quitar la vida á los Ministros del Evangelio.

Puestos ya en este conflicto los Padres, y viéndose cercados del fuego y de los lobos carniceros, que deseaban despedazarlos, habiéndose confesado el uno con el otro, se consolaban, animándose á dar con alegría sus vidas por Cristo, y por ayudar á la salvacion de aquellas pobres almas. No paraban en hacer fervorosas oraciones á Dios, que iba entreteniéndolo y reprimiendo el furor de aquellas fieras, que pudieran entrar de tropel á matar dos ovejas mansas y desamparadas que allí tenian; y ordenábalo así la divina providencia para que el P. Julio Pascual tuviera lugar y tiempo para disponer á sufrir la muerte á los feligreses cristianos que consigo tenia, que eran nueve carpinteros y oficiales de la obra de la iglesia que pensaba edificar y ocho indiecitos cantores, que servian en la Iglesia; porque entendia que la furia de aquellos apóstatas y gentiles no habia de perdonar á los que eran tan fieles á Cristo y sus Ministros.

Confesólos á todos el siervo de Dios, confortándolos para la muerte que padecian por ser cristianos y por la guarda de los mandamientos de Dios, consolándolos con las esperanzas de que irian al cielo, muriendo, como morian, por esta causa: aunque con todo les avisó, que si pudiesen escaparse de aquel peligro, lo hiciesen.

Esto concluido, los Padres salieron de los aposentos donde habian estado recogidos con su rebaño al patio de la casa; porque ya el fuego y humo los apretaba. Aquí oyeron millares de baldones é improperios de aquellos enemigos de Cristo, que locos y furiosos escupian en sus siervos.

Dos muchachos cantores que se escaparon, el uno en una alacena y el otro debajo de un altar que tenia el P. Julio dentro de su casa, donde los escondió, dijeron despues, que los Padres en este tiempo se hincaban muchas veces de rodillas, y levantando el corazon y los ojos al cielo, mostraban grande conformidad con la voluntad de Dios, que los ponía en aquel trance, y que fatigados del humo y fuego trocaban cuanto tenian en el cuerpo. El P. Julio Pascual, como tan diestro en la lengua de aquellos fieros bárbaros, procuraba amansarlos con amorosas razones desde su casa, para que desistiesen de tan grande delito, ofreciéndoles cuanto tenia en ella de ropa, hachas y cuchillos, con que los solía acariciar, y todo lo gastaba en su beneficio. A que respondieron los ingratos, que no querian, sino matarlo y vivir á sus voluntades; y él muerto, ellos tomarian todo lo que fuese de su gusto.

En esta afliccion, para que durara más el martirio, se pasó parte del sábado

con su noche, y á la mañana del domingo, el gobernador de los guazaparis, Cobameai apóstata, recogiendo todos sus cómplices y aliados, los convidó á la ejecucion de la muerte de estos benditos Padres, haciéndoles esta plática: «Matemos presto á este engañador que nos prohíbe tener muchas mujeres, y nos manda entrar en la iglesia: matemos presto al otro que há poco que vino de léjos á hacer lo mismo, para que no vengan más Padres á nuestras tierras. ¿Para qué queremos Padres? matémoslos y quedaremos libres, sin que haya quien se oponga á nuestros gustos. Y venga el capitán, que nuestros picachos y sierras tenemos donde nadie nos puede ofender:» y, diciendo y haciendo, con grande alboroto y furia endemoniada, acometió aquella canalla á la casa donde estaban los Padres, y subiendo parte por las tapias del patio y otra tropa cercandó la casa y abriendo portillos, porque no se escapara ninguno de los que en ella estaban recogidos, comenzaron á disparar flechas.

En esta ocasion alcanzó una en el estómago al P. Julio Pascual. El P. Manuel Martínez, diciendo: «No muramos como tristes y cobardes, muriendo por Cristo,» salió fuera de casa: al salir le tiraron otro flechazo tan furioso, que con la saeta le dejaron cosido el brazo con el cuerpo: siguióle luego el P. Julio Pascual, aunque atravesado el estómago con la flecha, y entrambos llenos de devocion y con los Rosarios en las manos, puestos de rodillas, y pidiendo á nuestro Señor su favor y gracia, comenzaron á recibir millares de flechas enervadas con veneno, que llovian sobre sus cuerpos, y en breve cayeron en tierra.

Para rematar su muerte con varios géneros de crueldad, viéndolos ya caídos, un apóstata llegó á los cuerpos, y arrastrándolos hasta ponerles las cabezas sobre una viga que allí habia, él, con otros compañeros de su furia, las aporrearon y magullaron, dejándoselas abolladas y los rostros desfigurados. Y no hartas estas fieras de la sangre de las ovejas de Cristo que habian muerto, convocando un guazapari á otros de su nacion, y diciendo: «En nuestro pueblo mismo, donde nos predicaba éste, lo habíamos de haber muerto,» no paraban de flechar aquellos benditos cuerpos muertos ya, y darles de puñaladas con cuchillos: donde vivos y muertos estos dichosos Padres pasaron á la gloria por tormento de fuego, de humo, de baldones, de heridas, de flechas, cuchillos y macanas.

Concurrieron en la muerte tan santa de estos dos apostólicos ministros, algunas circunstancias, que dan claro testimonio de haber sido dispuesta por la divina bondad, que queria con tan feliz remate coronar á estos sus escogidos siervos, previniéndolos para el martirio.

La primera circunstancia y testimonio de lo dicho, sea el que dieron in-

dios fieles y testigos de vista de un caso maravilloso que pocos días ántes de su dichosa muerte sucedió. Este fué, que habiendo tenido noticia el P. Julio Pascual de que habia llegado de Méjico á la villa de Cinaloa el que habia de serle compañero en la mision, y que venia ya caminando á su partido, estando con grande deseo de verse con su deseado compañero, un domingo quince días ántes de su muerte, diciendo Misa en su fiel pueblo de Chinipa, y toda la gente oyéndola, despues de haber alzado segunda vez la sagrada hostia, de repente halló los corporales, tendidos como estaban en el altar, con un color de fresca y fina sangre, que parecia se habia derramado sobre ellos.

El repentino y extraño caso le causó admiracion y lo dejó como suspenso; pero por no detener la gente ni hacer ruido entre la que era de poca capacidad y nueva en la fe, disimuló por entónces, aunque lleno de varios pensamientos y consideraciones, que revolvia sobre la maravilla. Dobló los corporales, prosiguió y acabó la Misa, y entrando en la sacristía, volvió á requerirlos y halló que perseveraban todavía teñidos de sangre, y mostrólos al indio que le habia ayudado á Misa, aunque este indio los habia ya visto con este color al tiempo que administraba el lavatorio del cáliz. Reconocidos los corporales segunda vez con la misma maravilla, el religioso Padre los dobló, y se puso á dar gracias y pedir á nuestro Señor luz para entender lo que significaba y queria enseñar en aquel prodigio.

Levantóse de esta oracion, y todavía cuidadoso de la significacion de la maravilla de aquel prodigioso suceso, se retiró á un oratorio que dentro de casa tenia, llevando consigo aquellos sagrados y prodigiosos corporales; volviolos á desenvolver, y hallándolos todavía ensangrentados, los mostró de nuevo á tres indios de los más fieles cristianos que consigo traia, y díjoles, que pensaba que con aquella maravilla declaraba Dios algun gran trabajo en el mundo, ó que á él le significaba que le tenian armada alguna traicion de muerte. Estos indios, como gente simple, no supieron qué decir, sino admirarse de lo que veian, y reverenciar las palabras del Padre. El cual guardó los corporales, y visitándolos y desenvolviéndolos el día siguiente, ya los halló vueltos á su antigua limpieza, lo cual dijo á los que ántes los habian visto ensangrentados.

Confírmase más esto, porque el día que sucedió el caso, haciendo recoger los tiernos infantes que habian nacido en el pueblo de Chinipa, donde pasó, para cumplir perfectamente con el ministerio de aquellas almas que Dios le habia encomendado, los bautizó; y luego en la última plana del libro de los bautizados escribió una memoria en que pedia á los Superiores que, por no saber cómo ni cuándo habia de morir, rogaba que á los que aquí dejaba es-

critos, se repartiesen algunas cosas de su limosna por haberle servido fielmente, y ser beneméritos de esa retribucion y paga. Y esta cláusula se halló despues haber sido escrita el mismo dia del suceso de los corporalés.

Tambien se halló otro papel firmado de su mano, en que, con singular impulso del cielo, ofrecia á Dios su vida; y para su memoria escribió en él que hacia voto particular de dar y derramar su sangre por su amor, si se ofreciese ocasion alguna para ello. Todas muestras de que Dios significaba á este su fiel siervo la muerte con que le habia de glorificar.

Tambien se puede alegar en confirmacion de lo dicho lo que pasó en este suceso, que viendo un buen indio cristiano y de la nacion de los alzados varohios, llamado Nicolás Caviari, el peligro en que estaba el santo mártir, cuando ya la furia de los enemigos se convocaba, ántes de acometer á la casa, le representó seria bien se partiesen de noche del pueblo él y el otro Padre su compañero, y librasen de tal peligro. A lo cual el P. Julio respondió, que ya no le parecia tiempo de fuga, porque si Dios tenia dispuesta su muerte tenia por mejor recibirla en su casa y en aquel puesto, sin huir ni volver las espaldas al enemigo, imitando á Cristo nuestro Señor, que no huyó, sino se ofreció cuando se le llegó la hora de morir señalada por su Eterno Padre. El fiel indio todavía insistia en que su buen Padre, á quien tiernamente amaba, se pusiese en cobro, á que ya con sentimiento le respondió: «Paréceme, Nicolás, que tú temes más que yo, aunque no tengo arco ni flechas.» A lo cual el constante cristiano, con ánimo fervoroso, dijo: «Padre, no temo mi muerte, sino la tuya, que es lo que me da pena, y para que no entiendas que temo, yo moriré primero y daré la vida por ti.»

Y confirmó bien con la obra las palabras, porque despues, cuando ya vió que los enemigos se juntaban con algazara para ejecutar su sacrilego intento, despachando su mujer é hijos, que allí estaban, al pueblo fiel de Chinipa, les dijo se pusiesen en salvo, que él queria ir á socorrer á los Padres, que eran santos y morir con ellos. Tomó su arco y flechas, y llegando á la casa de los Padres, cuando ya ardía en fuego, viendo á la gente, que insolente y furiosa le cercaban, y entre ellos algunos que eran sus parientes, les comenzó á hacer una plática encendido en cristiano celo, representándoles cuán mal hacian en quitar la vida á los que eran inocentes y hacian con ellos oficio de padres amorosos, y les predicaban y enseñaban la divina palabra, y con libertad cristiana les reprendia su maldad; pero ellos ántes se enfurecian más oyendo la plática del fiel cristiano Nicolás, porque comenzaron á poner las lenguas y crueles manos en él.

Esto era cuando el buen P. Julio estaba retirado en su casa encomendándose á Dios: y como buen Pastor cuidadoso de su oveja, imitó al soberano

Pastor, que cuando los judíos le iban á prender, les mandó no tocasen á ninguno de los suyos; así el P. Julio, no reparando el peligro á que se arriesgaba en ponerse á vista de aquellos fieros indios, salió á la puerta de la casa, deseando favorecer en vida ó en muerte á su cristiano Nicolás, y comenzó con blandas razones á sosegarlos, rogándoles no quitasen la vida al que entre ellos tenia tantos parientes y conocidos, y no les debia mala obra.

No se ablandaron los obstinados con tan humildes y mansos ruegos, ántes, haciendo señas á un fiero indio que allí cerca estaba, para que matase al fiel Nicolás, le descargó con tanta furia un golpe de macana en el cerebro, que dió con él en tierra: y animándole el P. Julio á sufrir la muerte por Cristo, y pronunciando juntamente con él el dulcísimo nombre de Jesus, dió su alma á Dios.

Cortaron é hicieron pedazos las sotanas de los Padres, repartiéndolos entre sí, y un indio hizo un capisayo de la parte que le habia cabido: cogieron los ornamentos y dos cálices sagrados, y todo lo profanaron, celebrando sus bárbaros bailes con ellos y dándose parabienes de su sacrilego hecho. Y como el odio infernal del demonio principalmente se muestra contra las iglesias, donde se deshacen los embustes y marañas con que trae engañadas á estas gentes; cuando ya hubieron concluido con esta maldita faccion, y acabado de abrasar la iglesia de este pueblo de varohios, caminando furiosos al otro de guazaparis, pusieron tambien fuego y abrasaron aquella iglesia y casa, dando saco á cuanto en ellas hallaron.

Causó admiracion grande á los que conocen la condicion de estas fieras gentes, cuya costumbre invariable es cortar del cuerpo las cabezas de aquellos que matan, y llevarlas para celebrar sus bailes bárbaros; siendo esto así, á estos benditos Padres á quien tan despacio y á su salvo quitaron las vidas, ni les cortaron las cabezas ni las llevaron para celebrar este triunfo. Algunos Padres de los que andaban en estas misiones y conocian bien el natural de estos indios, lo atribuian el haberse así reprimido, á haberlos detenido algun temor y horror interior de la maldad que habian cometido, viendo muertos á sus pies hombres tan inocentes y santos, de quienes habian recibido tantos beneficios, en especial del P. Julio Pascual, su insigne benefactor. Lo más cierto fué la disposicion divina, que muchas veces reprimió las garras de los leones y colmillos de lobos hambrientos, para que no tocaran los cuerpos de sus mártires; esa misma parece reprimió á estos fieros indios para que no cortaran las cabezas que ya eran reliquias de varones santos.

Otra guarda dispuso Dios á estos benditos cuerpos, y parece que con particular favor del cielo, que sin él no fuera posible el haberse tan bien escapado el que los guardó. Fué el caso, que un indio cristiano y fiel de los que el

Padre tenia en su compañía, llamado Cristiano Sinemeai, viendo el extrago que aquellas fieras hacian en los Padres, encendido en cólera y celo, queriendo volver por su causa y ver si podia juntamente defender su vida y á sus Padres; al tiempo que los enemigos andaban tan furiosos, tomó su arco y flechas, y guardando las espaldas con un pilar de la casa, á que se habia arimado, comenzó á disparar flechas con tan grande coraje, que mató á cinco de los contrarios, sin dejarlos llegar más á los cuerpos muertos, y se tuvo por cosa de milagro el poder escapar con vida. Y preguntado despues cómo pudo salir libre y sin recibir daño, respondió que le habian temido como le habian visto tan animoso y restado; mas Dios le guardó para que no pasase adelante el ultraje de aquellos impíos contra los santos cuerpos. Este indio perseveró allí hasta el domingo en la noche, que se retiraron los agresores de la maldad.

Corrió la nueva de la muerte de los Padres con gran velocidad al pueblo de los chinipas, y fué grande el sentimiento que tuvieron de la muerte de los que tanto amaban, y de que fué buena demostracion lo que en esta ocasion hicieron, que ya que no tenian á sus Padres vivos, los fueron á buscar muertos, y tomando una tropa de ellos sus arcos y flechas, con riesgos de sus vidas, se partieron al pueblo de los varohios, que hallaron ya algo desembarazado, que, como se dijo, muertos los Padres habian pasado al de los guazaparis á hacer el mismo destrozo en la iglesia.

Hallaron los chinipas los cuerpos de los benditos Padres en aquella plaza, delante de la casa abrasada, tendidos en el suelo, y fué mucho aquella noche pasada no haber sido comidos de los muchos perros que usan criar los indios; recogieronlos, y cargaron con ellos á su pueblo; y, como no habia ministro que los enterrara, los buenos chinipas hicieron junto al altar mayor de su iglesia dos fosas profundas, y en cada una de ellas pusieron cuatro tablones á manera de cajas, donde los depositaron y cubrieron con esteras de las que ellos usan, quedando con grande sentimiento de la pérdida de tales Padres.

El P. Márcos Gomez, que cuidaba de la doctrina de los conicaris, pueblo distante de Chinipa diez y seis leguas, tuvo despues noticia del caso, y considerando que el pueblo de chinipas, como estaba destituido de Padre, y por otra parte, muy á riesgo de rebatos que diesen en él los rebelados; determinó sacar los benditos cuerpos de este pueblo y pasarlos al de Conicari; ejecutólo, aunque con nuevo sentimiento de los chinipas, que estaban contentos con las prendas que tenian.

Con este ilustre martirio pasó de esta vida á la gloria el P. Julio Pascual, á quien muchos se han encomendado considerándole en alto grado de gloria.

El P. Juan Castelvi, su compañero, afirmó haber experimentado ayuda y favores, que desde el cielo habia recibido de este fiel compañero despues de su dichoso tránsito. Y aun en vida todos los que le comunicaban y trataban, le veneraban como á santo varon; y el apellido con que ordinariamente le nombraban, era el santo P. Julio.

Su dichosa muerte fué á primero de febrero de mil y seiscientos y treinta y dos años, siendo de edad de cuarenta y dos, y veinte y dos de Compañía. Y así será bien pasar á contar la vida y excelentes virtudes del P. Manuel Martinez, su compañero. Escribió el martirio de este santo mártir el P. Andrés Perez de la Compañía, en la *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. 4.º, desde el cap. IX. Y Juan Bautista Rho en su *Varia Historia*, lib. 6.º, cap. v, le celebra y concluye diciendo: *Eius sanguine concretam glebam Romae osculati sumus multo nobis chariorem, quam si auro imbuta fuisset. Et quo non auro ditior fortissimorum virorum sanguis, quo gentibus fides, ipsis vero emitur beatitudo?*

P. NIEREMBERG.

P. MANUEL MARTINEZ

FUÉ este insigne mártir portugués de nacion y natural de la ciudad de Tabira en el Algarbe. Su padre se llamaba Jorge Martinez, y su madre María Farela, del linaje de los Bullones y de la sangre del glorioso S. Antonio de Pádua.

Nació cerca del año de 1600, estudió en su patria las primeras letras, pasó siendo seglar á la Nueva España el año de mil y seiscientos y diez y nueve al amparo de un tio suyo, que estaba en la ciudad de los Angeles, donde en nuestras escuelas, y con muy buen ejemplo de virtud se perfeccionó en la Gramática.

Él era de gentil disposicion, por la cual en este tiempo padeció terribles asaltos, por medio de los cuales pretendió el enemigo de la castidad robársela; pero libróle nuestro Señor por medio la Santísima Virgen y Madre de pureza, de quien era devotísimo, y más se esmeró despues.

Al fin de sus estudios de Gramática, pretendió la Compañía, donde por sus buenas prendas fué recibido el año de 620. En su noviciado se ejercitó